

## CAPÍTULO II

1847

Comienza á propagarse la insurrección indigena en el sur y oriente de la Península.—Precauciones que adopta Trujeque en Tihosuco.—El capitán Ongay derrota á los indios en Tepich y entrega el pueblo á las llamas.—Acuerdo que toman en Culumpich los jefes de la sublevación.—Vuelven á ser derrotados los indios en Xeanul.—Excesos que cometen en el distrito de Valladolid.—Son batidos y dispersados en Xcá y en Coebatún.—Medidas que adopta el gobierno para apagar la insurrección.—Circula el rumor de que los indios de Mérida y sus inmediaciones debían sublevarse la noche del 15 de agosto.—Nuevas precauciones.—Aprehensión de Francisco Uc y otros indigenas.—Se les sujeta á un Consejo de guerra.—Varios son condenados á muerte y otros á prisión ó destierro.—Persecución inhumana que se desata contra los indios en general.—Reflexiones.

Mientras tenían lugar en Mérida estos sucesos, la guerra de castas comenzaba á tomar un rápido incremento en las regiones más apartadas del sur y del oriente de la Península. Luego que D. Antonio Trujeque tuvo noticia de los asesinatos de Tepich, despachó extraordinarios violentos á todos los pueblos de las inmediaciones, ordenándoles, en su calidad de jefe político del partido, que le mandasen gente, armas y municiones para combatir á los sublevados. Entretanto armó como pudo á varios de los vecinos de Tihosuco, hizo construir trincheras en todas las avenidas de la plaza y dictó algunas otras disposiciones para proveer á la seguridad de las familias, entre las cuales reinaba una gran consternación. Cuando las sombras de la noche inva-

—( 31 )—

dieron el pueblo, estaba ya convertido en un verdadero campamento, cuyo silencio sólo era interrumpido por el grito de los centinelas que velaban en sus puestos. Este aparato bastó acaso para que los indios no intentasen contra la población el ataque que temían sus moradores.

Al día siguiente se presentó á Trujeque la compañía de Ichmul, la cual, además de sus armas y municiones, traía otras que habían sido pedidas á Peto, cabecera del partido. El jefe político pudo ya entonces armar mejor á los vecinos de Tihosuco, y con éstos y la compañía de Ichmul resolvió salir á batir á los sublevados. Dividió con este objeto su fuerza en dos secciones, una de las cuales se dirigió á Tepich por el camino ordinario, y otra por senderos extraviados. Ambas fueron batidas en su tránsito por los indios que se habían emboscado con este objeto, y que parecían ser tan hábiles en este género de guerra, como sus ascendientes los mayas en la época de la conquista. La sección que marchó á las órdenes del teniente coronel D. Vito Pacheco, venció todos los obstáculos que se amontonaron á su paso y llegó á Tepich, el cual había sido ya desamparado por los indios. Entonces contramarchó á Tihosuco, donde le había precedido la otra sección, que, menos afortunada que la primera, se había visto obligada á retroceder ante el fuego de las emboscadas.

Un nuevo refuerzo que le llegó á Trujeque, le permitió intentar pocos días después otro ataque contra los sublevados. Era una compañía del batallón Ligero, mandada por el capitán D. Diego Ongay, la cual había sido enviada desde Valladolid por el capitán D. Eulogio Rosado. Ongay aumentó su fuerza hasta el número de doscientos hombres con la que le dió Trujeque en Tihosuco, y el día 7 de agosto emprendió su marcha para Tepich. Encontró en su tránsito los mismos obstáculos que Pacheco; pero vencidas trincheras y emboscadas, llegó al punto de su destino, en donde encontró fortificados á los indios que mandaba Ce-

cilio Chi. Los atacó con vigor, y al cabo de media hora se apoderó del pueblo, poniendo en completa fuga á los sublevados. Un desgraciado que cayó prisionero, fué inmediatamente pasado por las armas. No fué este el último acto de venganza de aquella función de armas; porque en seguida fueron entregadas á las llamas todas las casas y cegados todos los pozos, con el objeto de que quedase borrado para siempre del mapa de la Península el pueblo que había servido de cuna á la revolución (1). ¡La salvaje costumbre de los mayas, de destruir todo lo que pertenecía al enemigo, era resucitada al cabo de trescientos años, no por sus descendientes, sino por los individuos de una raza que se preciaba de haber introducido la civilización en el país!

Antes del ataque de Tepich, Cecilio Chi había ordenado á los suyos que, en el caso de una derrota, fuesen á refugiarse á la hacienda Culumpich, adonde él también concurriría para conferenciar con Jacinto Pat. Todos obedecieron, y la reunión se verificó en el lugar de la cita pocas horas después de la victoria de Ongay. Jacinto Pat intentó disuadir á los sublevados de sus ideas de exterminio, é hizo los esfuerzos posibles para que se diese á la insurrección un color político, que satisfacía más á sus ambiciones personales. Todo fué en vano. Cecilio Chi, Venancio Pec y otros capitancillos se habían comprometido demasiado con los asesinatos de Tepich, y sea por sus instintos feroces, ó porque comprendiesen que jamás serían perdonados de buena fe por ningún blanco, insistieron en su antiguo plan de exterminarlos á todos. Jacinto Pat se vió en la necesidad de ceder, ó de fingir que cedía en todo, así porque comprendía muy bien que no tardaría en desatarse

(1) *El Siglo XIX*, número correspondiente al 12 de agosto de 1847.—Don SERAPIO BAQUEIRO, fundado en el testimonio de un oficial, dice que Ongay hizo quemar varias mujeres, niños y ancianos, en unión de la casa que los encerraba.

contra él la persecución de Trujeque, como porque los sublevados tenían un medio muy expedito para obligar á los de su raza á hacer causa común con ellos. Dos ó tres días antes de esta conferencia, una partida desprendida de Tepich había asesinado al alcalde de Ekpeo, Justo Ic, sólo porque no había querido entregar seis fusiles que conservaba en su poder (2).

Seguros ya los sublevados del poderoso apoyo de Jacinto Pat, se retiraron al rancho Chumboob para dar tiempo á que fuesen secundados por los demás individuos de su raza; pues, como no tardaremos en ver, ya por aquel tiempo se habían dirigido circulares y emisarios á toda la Península, con el objeto de generalizar en ella la insurrección. Pero Trujeque no carecía de celo ni actividad, y luego que tuvo conocimiento del lugar adonde se habían refugiado los insurrectos, hizo salir á batirlos al capitán Ongay con doscientos cincuenta hombres de los que acababan de llegar de Tepich. Esta fuerza fué hostigada de tal manera en su tránsito por las emboscadas, que se vió en la necesidad de detenerse en un rancho, llamado San Antonio, donde no tardó en recibir un refuerzo de ciento cincuenta hombres, que vino de Tihosuco al mando del teniente coronel D. Vito Pacheco. Ambas fuerzas emprendieron entonces nuevamente su marcha hacia Chumboob, y media hora antes de llegar se dividieron en dos secciones, con el objeto de cargar al enemigo en dos direcciones distintas. Pero el rancho estaba ya desamparado por los sublevados, y Ongay se vió en la necesidad de volver á Tihosuco, después de haber hecho algunos movimientos infructuosos en busca del enemigo. Tuvieron lugar estos sucesos en los días corridos del 11 al 15 de agosto (3).

(2) Nota de D. Eulogio Rosado al gobernador del Estado, de 9 de agosto de 1847.

(3) Nota de Ongay á Trujeque, de 14 de agosto.

Cecilio Chi, después de andar algunos días errante por los bosques, se fijó al fin en el rancho Xcanul, en donde se fortificó con los nuevos elementos que había sabido procurarse, siempre con la esperanza de ser secundado en breve por otros individuos de su raza. Pero el jefe de Tihosuco no tardó en tener noticia de esta guarida, y como por aquella época ya se hallaban reunidos en dicho pueblo cerca de ochocientos hombres, acumulados allí con el objeto de ahogar en su cuna el alzamiento, pudo disponerse inmediatamente la salida de una fuerte columna, al mando del coronel D. Claudio Heredia. Este antiguo militar dividió su fuerza en varias secciones, con el objeto de cercar al enemigo y obligarlo á batirse, lo cual se verificó en la mañana del 25. Los indios resistieron el ataque con cierto denuedo, que hasta entonces no habían ostentado, haciendo desde sus trincheras un fuego nutrido de fusilería y arrojando gritos destemplados, con que denostaban y amenazaban á los agresores. El valiente capitán Ongay, exasperado con esta resistencia, se arrojó espada en mano sobre una trinchera enemiga; pero cayó herido por una bala, y la misma suerte corrió su ayudante Caro, que quiso seguirle. No obstante, este ejemplo de audacia no tardó en ser imitado por toda la fuerza, y pocos momentos después el rancho Xcanul era ocupado á la bayoneta, obligando por tercera vez á los sublevados á buscar un refugio en los bosques (4).

Mientras se desarrollaban estos sucesos en las inmediaciones de Tihosuco, los indios comenzaban á agitarse en la región oriental de la Península, con el objeto de ayudar á sus hermanos en la salvaje empresa que habían acometido. Los de Chichimilá y algunos otros pueblos de la comarca se habían ido retirando hacia los bosques desde el día en que fué fusilado Manuel Antonio Ay, y en los primeros días

(4) *El Siglo XIX*, número correspondiente al 31 de agosto.

de agosto habían formado ya un núcleo no despreciable, que infundió serios temores á los pueblos de Xcan y Chan-cenote (5). Gracias, sin embargo, á las enérgicas medidas tomadas por el coronel Rosado y á las precauciones que tomaron sus mismos habitantes, nada intentaron por entonces contra ellos los disidentes. Pero poco tiempo después se reunieron en número de cuatrocientos ó quinientos en el rancho Xca, adonde fué á batirlos una fuerza de doscientos hombres, mandada por el capitán D. Felipe de la Cámara Zavala. Esta fuerza fué rechazada por los indios, y se vió en la necesidad de retirarse, dejando en el campo ocho muertos y llevándose consigo siete heridos, entre los cuales se hallaba el teniente de caballería D. Patricio O'Horán.

Después de esta victoria, los indios se dirigieron á la hacienda Acambalán, en donde, después de haber asesinado al mayordomo, á su mujer y á varios otros sirvientes de la finca, á pesar de que todos eran de su raza, robaron las alhajas de oro y plata que encontraron en el oratorio, destruyeron los muebles é incendiaron las casas, el colmenar y las trojes de maíz. Al día siguiente se dirigieron al rancho San Fernando, en el cual, siguiendo el ejemplo dado por Cecilio Chi en Tepich, asesinaron á casi todos los vecinos (6), sin perdonar niños ni mujeres. Pero habiendo sabido allí que el coronel Rosado había organizado una nueva fuerza para batirlos, tomaron el camino de Pisté, desde donde se dirigieron al partido de Peto, con el ánimo de incorporarse á Cecilio Chi y á Jacinto Pat, el último de los cuales se hallaba entonces en Tituc, reuniendo una fuerza con la cual se proponía atacar á Tihosuco. Entre esta partida, que se levantó en el Oriente, se hallaba el

(5) El mismo periódico, número correspondiente al 14 de agosto.

(6) Dábase, y aun se da, el nombre de *vecinos*, en Yucatán, á todos aquellos que no pertenecen á la raza indígena pura.

feroz Bonifacio Novelo, quien dos ó tres días antes del ataque de Xca se había dirigido hacia Belice, con el objeto de proveerse de armas y municiones en aquella Colonia (7).

La fuerza organizada nuevamente por el coronel Rosado se componía de trescientos hombres, y puesta bajo las órdenes del teniente coronel D. Manuel Oliver, se dirigió al rancho Pisté, donde, no habiendo encontrado á los sublevados, continuó su marcha á Tihosuco. Allí se puso de acuerdo con el coronel Heredia, para cumplir con las instrucciones que llevaba; pero no teniendo noticias exactas del lugar que ocupaban los rebeldes, salió una pequeña fuerza al mando del último para reconocer los alrededores de Tepich. Heredia sólo encontró en su expedición una pequeña partida que se hallaba en el paraje Yokactún, y la cual se dispersó después de una corta escaramuza, dejando dos cadáveres en el campo. Era que los indios habían vuelto al partido de Valladolid y ocupado el rancho Cocbatún, adonde fué á batirlos el teniente del Ligeiro, D. Patricio O'Horán, con una fuerza de cien hombres que puso á sus órdenes el coronel Rosado. El rancho fué ocupado después de un rudo combate, en que salieron heridos el mismo O'Horán y el oficial D. Antonio Rajón, aquel juez de Chichmilá que sorprendió en este pueblo la conspiración.

Antes de pasar adelante en nuestra narración, se hace necesario volver los ojos hacia la capital del Estado, en la cual reinaba por aquella época una agitación extraordinaria. Ya hemos visto que el primer efecto que produjo en ella la noticia del alzamiento de los indios, fué la reconciliación de las diversas fracciones en que se hallaban divididos los blancos, y en la cual hubo más ostentación que sinceridad. En seguida comenzó el gobierno á dictar las

(7) Nota de D. Eulogio Rosado, impresa en *El Siglo XIX*, número correspondiente al 11 de septiembre.

disposiciones necesarias para salvar al país del cataclismo. Prohibió la venta de armas de fuego y municiones de guerra; mandó recoger á los indios las escopetas que tenían en su poder, y abrió suscripciones voluntarias en toda la Península, con el objeto de que cada ciudadano contribuyese con la cantidad que le dictara su patriotismo para cubrir los primeros gastos que demandaba la situación. Hizo publicar en seguida la ley marcial, ordenando que todo ciudadano mayor de dieciséis años, que no perteneciese á la raza indígena pura, estaba obligado á empuñar las armas en defensa de la patria, mientras durase la guerra de bárbaros (8). Expidió después una ley para juzgar á los conspiradores y sus cómplices, á los salteadores de caminos y á los ladrones (9), que así podía ser aplicada á los barbachanistas que quisieran moverse, como á los indios, que en realidad se agitaban sordamente en todo el país para tomar parte en la insurrección de su raza. Por último, Barret dividió la Península en tres comandancias militares, cuyas cabeceras debían ser Mérida, Campeche y Valladolid, y comenzó á mandar á la última todos los elementos de guerra que podía reunir, con el objeto de hostilizar con el mejor éxito posible á los sublevados.

Mientras se llevaban á cabo estas disposiciones, comenzó á circular de boca en boca el rumor de que todos los indios debían levantarse simultáneamente en la noche del 15 de agosto, para acabar con todas aquellas personas que no perteneciesen á su raza. Es fácil comprender la impresión que semejante noticia causaría en los ánimos; y como desde este momento se desató una persecución activa y tenaz contra la raza indígena, se hace necesario examinar el asunto con toda la imparcialidad de la Historia, para que el lector pueda decidir con conocimiento de causa.

(8) Periódico oficial, números correspondientes al 7 y 12 de agosto.

(9) *Colección de decretos*, de AZNAR, tomo III, página 145.